

BOURGET

PSIOLOGIA  
DEL AMOR  
MODERNO

PQ2199  
F58

843  
B

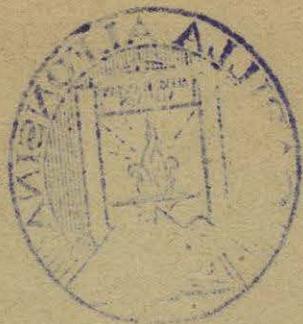
R. C.



1020026139



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

FISIOLOGIA DEL AMOR MODERNO

098294

29310

FISIOLOGÍA  
DEL  
AMOR MODERNO

FRAGMENTOS PÓSTUMOS  
DE UNA OBRA DE CLAUDE LARCHER

RECOGIDOS Y PUBLICADOS

POR

PAUL BOURGET

SU ALBACEA TESTAMENTARIO

MADRID  
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES  
10, Calle de Campomanes, 10  
1916

843  
B.

PQ2199  
F58



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

---

Esta obra es propiedad de  
sus editores y queda hecho  
el depósito que marca la ley.

---

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

---

Imp. Helénica, Pasaje de la Alhambra, 3.—Madrid.

## PREFACIO

En el mes de Septiembre de 1888, *La Vie Parisienne*, periódico dado a la observación y a la crítica, elegantemente redactado y de profunda filosofía, imagen fiel, en una palabra, de Mercelín, ese *dandy* compañero de M. Taine, cuyo espíritu le anima todavía, publicaba la siguiente carta, dirigida a su director por el firmante del presente prefacio:

«Os envío, apreciable señor, el manuscrito que me ha legado mi infeliz amigo Claudio Larcher, con el encargo de ofrecéroslo bajo el título: *Fisiología del amor moderno*, o *Meditaciones de fisiología parisién respecto a las relaciones de ambos sexos entre los civilizados, durante los años de 188...*»

No sé si hallaréis en sus páginas el estilo conveniente para este libro; pero cuando Claudio empezó su *Fisiología* se encontraba ya bajo la influencia de un amor desgraciado, cosa que con frecuencia sucede a no pocos jóvenes de París. En verdad que mi desdichado amigo Claudio tenía muchos motivos para no creer en la fidelidad de su querida, de aquella Coleta Rigaud, que él prodigó demasiado para que el nombrarla sea una indiscreción; pero tanto hablaba de su propio infortunio y tanto se había acostumbrado a él, que se hubiese visto comprometido consigo mismo, si dicha mujer le hubie-

ra ofrecido amarle fielmente y con exclusivo amor, y sobre todo, si hubiera cumplido su palabra.

Mas no sufrió semejante desengaño.

Continuó gimiendo las perfidias de aquella muchacha con una perseverancia tal, que se hizo intolerable a sus mejores amigos; y yo mismo, lo confieso, evitaba en estos últimos tiempos encontrarme con él para no escuchar, por centenares de veces repetida, la narración de sus desgracias amorosas.

La actriz salió para Rusia, y esperábamos que la manía de Claudio se iría desvaneciendo; mas en vez de disminuir, aumentó.

Se iba al Círculo de los Mirlitons a recitar la lista de los amantes de Coleta aun a las personas a quienes apenas conocía, dando lugar, por su impertinencia, a que uno de nuestros camaradas le dijese un día: «—Déjanos en paz; todo eso lo sabíamos antes que tú...» Al oír esto, Claudio tomó horror al Círculo como se lo hubo de tomar al teatro, porque Coleta había representado en él; al mundo y al *demi-monde*, porque se encontraba allí con sus rivales; a los cafés, porque nuestros amigos se bromeaban con sus infortunios amorosos, y a su casa, porque la actriz había ido muchas veces a ella. El pobre Claudio fué la víctima, como sucede muchas veces, de esta comedia, sincera en parte, que representaba para sí mismo y para los demás. A fin de olvidar sus cuitas amorosas, se entregó a la bebida e invertía horas y horas en algunas cantinas inglesas, en donde se intoxicaba con *cocktails* y *whisky* en compañía de *jockeys* y de *bookmakers*. Una dispepsia, ocasionada por su desarreglada vida y sus excesos, le obligó a dejar a París en el preciso momento en que iban a poner de nuevo en escena su última comedia, cosa que le hubiera dado el medio de pagar sus deudas y de ponerse, como se dice vulgarmente, a flote. Al abandonar la ca-

pital de Francia se dirigió a la Auvernia, y se hospedó en casa de una anciana, pariente suya, y allí fué sin duda, en aquella soledad, en donde bosquejó algunos capítulos de su *Fisiología*, antes de que una afección al hígado, mal cuidada en aquel oculto retiro, le consumiese la vida en Junio último. Comprenderéis, querido señor, que las veintitantas meditaciones que componen este libro, poco coherentes en cuanto a las fechas y al sitio en que se han escrito, son la obra de un cerebro en completo estado morbosó. Sirva esto para disculpar la multitud de paradojas y alusiones que contiene, pues se le puede aplicar en tono de explicación, lo consignado en un verso clásico y muy conocido, diciendo que el estilo de Claudio

*...se resiente de los sitios que frecuentaba el autor...*

Como mi deber, en concepto de albacea, me obliga a no meter mi pluma en los párrafos que más pueden chocar con mi gusto, os envío el manuscrito intacto, con su epígrafe: «Nada de pudor ante lo verdadero, por parte de aquel que se siente sabio.» Publicad lo que vuestros suscriptores puedan leer sin demasiado fastidio y recibid, etc., etc.»

Esta carta era, me parece, bastante clara, pues en ella se indicaba al lector, desde la primera línea, que no hallaría en estas páginas o fragmento de libro, así presentadas, un tratado del amor a lo Beyle o a lo Michelet, con un plan razonado, con atinadas generalizaciones y con algo, en fin, de doctrina buena o mala. Esta *Fisiología*, denominada así con tan retumbante nombre, por un cándido snobismo o vanidad literaria y por el recuerdo de un antiguo género que ya pasó de moda, no puede ser, en tales condiciones, más que una especie de mosaico de pensamientos escritos un día y otro día, por un humorista desilusionado.

El título de este libro indicaba que era una obra sin hilación, con frases de tono desigual, chocantes, justas a veces y con frecuencia excesivas; algo así como el lenguaje que se usa en el club o en la sala de fumar, entre amigos que gustan de lo picante, de las anécdotas de cierto sabor, que no pueden pasar sin amar y que quisieran no ser engañados, resignándose, sin embargo, de antemano, a sufrir los desengaños amorosos. El transcribir conversaciones de este género, no cae bien en lo sublime de la literatura, ni aun siquiera en lo delicado del arte; pero puede quizás ingerirse en él, amoldársele, y esto, sin duda, fué el sueño de mi amigo, cuya muerte tanto deploro. De todos modos, yo he creído de mi deber cumplir su última voluntad publicando estos fragmentos, no obstante considerarlos como imposibles de generalizar, porque el corazón de cada individuo es un abismo insondable y porque el pretender definir el amor, es decir, la síntesis de todos los amores, constituye, para aquel que conoce la vida, una pretensión irrealizable y casi una niñada. Esta creencia me hacía temer, lo confieso, que la *Fisiología* que nos ocupa, pareciese harto inocente con sus apariencias dogmáticas y varios escritores la han juzgado así, pues uno de ellos, el más refinado de los erotógrafos contemporáneos, me ha hecho confesar que Claudio profesaba, respecto al amor, las ideas de un burgués del Marais. ¿Por qué no habrá sido este el parecer universal? Así no hubiera yo recibido las cartas de que se habla en la última Meditación y en las que se trata a mi pobre amigo con demasiada dureza. Tampoco hubiera yo provocado la indignación de las *virtuosas* personas del barrio Marbeuf, que han manifestado que soy un hombre a quien ya no se puede tratar; ni hubiese tenido que oír, de seguro, los tristes consejos que se han servido darme algunas amigas mías al honrarme, interesándose por mí, al cumplir

mi deber como testamentario. En fin, fué un general *tolle, tolle* el que se produjo, que a no ser por lo indicado, lo confieso con ingenuidad, me hubiera sido indiferente, en fuerza de creerlo algo convencional y en gran manera inicuo. Ciertamente es que también he de recibir elogios; pero tales, que me llenaron de confusión y de temores sobre si mi desdichado Claudio habría errado el camino.

Aparte de sus especiales condiciones de carácter y de la influencia, nociva para su alma, de la sensualidad, mi antiguo amigo participaba de mi creencia respecto a que un escritor digno de tal nombre no debe nunca suscribirse a la ley, que le obliga a ser un tanto moralista. Verdad es que esta es una de las palabras que parecen sencillas y, sin embargo, encierran muchos significados. Cuando sobre este particular discutíamos antaño, ¡antaño!, ¡qué lejano me parece y, no obstante, tiene la fecha de ayer! Cuando discutíamos sobre la condición de moralista, Claudio la definía de un modo singular.

«—Ser moralista — me decía — no es predicar a la manera que lo hacen los hipócritas, ni consiste tampoco en indignarse. Molière ha olvidado este rasgo en su *Alceste*. De diez individuos que aparecen con tal carácter, nueve son unos farsantes, a quienes la indignación premeditada y oportuna cubre de honradez aparente. No es tampoco evitar las frases picantes y las pinturas obscenas; los peores libros pornógrafos, los del siglo XVIII, no ofrecen ni una palabra repugnante, ni lúbricas imágenes. No es eludir las situaciones arriesgadas, pues ni una siquiera de éstas se halla en las primeras novelas de Jorge Sand, y, sin embargo, las cuento, sí, entre las obras más bellas, pero también entre las que, con más razón, pueden llamarse inmorales, aun cuando en ellas la hermosura de la forma sea, a su manera, una moralidad. No, amigo, no es nada de eso; moralista es el es-

critor que presenta la vida tal cual es, aun con las grandes expiaciones secretas que en ella se encuentran y que sirven para saludables enseñanzas.

»Hacer visibles, casi palpables, los dolores que produce la falta, la infinita amargura del mal y lo repugnante del vicio en si y en sus consecuencias, es obrar como moralista; y he aquí por qué la melancolía de las *Flores del mal* y la de *Adolfo*, la crueldad del desenlace de las *Relaciones* y la siniestra atmósfera de la *Prima Bette*, hacen de estos libros obras de alta moralidad.»

—Sin embargo, hay que advertir la audacia de las pinturas—le repliqué.— ¿Te parece moral que un predicador te enseñase un grabado obsceno, diciéndote: he aquí lo que no debe imitarse por miedo de contraer una enfermedad de la medula espinal...?

—Sí—repuso—, conozco la objeción... Se ha formulado de un modo culto, diciendo que es necesario hablar castamente de la castidad... No obstante, el prohibir al artista la franqueza de su pincel bajo pretexto de que los lectores depravados no querrán ver de su obra sino las partes que convienen a su fantasía sensual, es prohibirle también la sinceridad, que constituye en el libro una potente virtud. Mi parecer es que es preciso resolver este problema cuando se presenta, como Napoleón resolvía los del Código. Se representaba antes de hacer una ley, a un aldeano, a un burgués o a un noble a quienes ésta había de aplicarse; figurémonos nosotros un lector de veinticinco años, sincero, ¿qué pensará de nuestro libro cuando lo cierre? Si, después de leer la última página, reflexiona con seriedad sobre las cuestiones de la vida moral, el libro es moral. A los padres y a los maridos alcanza el deber de prohibir su lectura a las jóvenes, para quienes indudablemente una obra de Medicina pudiera también ser peligrosa. Pero esto ya no nos incumbe; no tenemos más que pensar con

rectitud, si podemos, y decir lo que pensamos. Por mi parte, me atengo a estas palabras que me dijo un virtuoso sacerdote: «No se debe dañar las almas, y estoy cierto de que la verdad no daña...»

—No me ocuparé de discutir las mñl críticas que pueden alzarse en contra de esta tesis; yo la creo justa, pero no dejo de comprender que la pintura de la pasión ofrece siempre el peligro de una propaganda; mas hacer al artista responsable de ésta, es hacer el proceso, no solamente del libro, sino también del arte. Larcher, si mal no recuerdo, me exponía estos argumentos una noche en el umbral de una de esas cantinas en donde pasaba horas enteras embriagándose por sistema. Dicha manifestación, en tal mometo y en aquel sitio, era el símbolo de toda esta *Fisiología*. Ahora bien; volviendo a mi objeto, mi deber, como albacea testamentario, me imponía ciertamente la obligación de saber si mi amigo hubiese juzgado conforme a sus ideas, verdaderas o falsas, la impresión producida por su libro. Debo confesar que he dudado de ello cuando me he hallado en presencia de algunos de sus lectores que me han dicho: «Vuestro amigo Claudio ha debido ser un gran libertino... ¿No tenéis en reserva algunas otras páginas en las que se consignen interesantes episodios de su licenciosa vida?» «Me gustan las cosas que me producen efecto (decíame otro), y el libro de vuestro amigo me da ganas de imitarle...» Ante estas manifestaciones en alto grado irónicas para un escritor, cristiano por inspiración y por el pensamiento, ya que no por la práctica, me figuré la cólera que se hubiera apoderado de mi neuropático amigo, y me pregunté con angustia si había yo obrado bien obedeciendo a su deseo de publicar su obra póstuma. Este escrúpulo me ha hecho retardar durante dos años la impresión en forma de libro de los fragmentos publicados en *La Vie Parisienne*; pero, si he de ser fran-

co, dicho escrúpulo no fué producido más que por determinados detalles de las primeras meditaciones, que, a mi parecer, comprometían con sus tintes de grosero humorismo lo que las demás contienen de análisis serio y doloroso. Si Claudio pudiera ver las pruebas de imprenta, me decía a mí mismo, con dos o tres rasgos de pluma arreglaría estas malhadadas páginas, y entonces me importaría muy poco el prudhonismo de los unos y la hipocresía de los otros... Así es, que recibí una alegre sorpresa cuando Claudia Larcher, tía de mi desgraciado amigo, me envió un paquete de cuartillas, halladas en el rincón de un secreter, en donde, sin duda, Claudio las había guardado y olvidado. Estas cuartillas eran un nuevo trazado para las dos primeras meditaciones, y por más que haya en ellas algo de cinismo, a lo menos el lector de buena fe no podrá equivocarse respecto a la intención del escritor. Por otra parte, las personas que gustan comparar las variaciones en los trabajos literarios, si es que las hay en este libro incompleto, hallarán en la colección de *La Vie Parisienne* el texto reemplazado en el libro por una versión más adecuada al tono general de la obra. En la cubierta que resguardaba las últimas cuartillas que recibí, Claudio había escrito: «Estas crudezas son necesarias para motivar la *Meditación IV*, cuya enseñanza es esencial.» Los lectores juzgarán de esta enseñanza y de tal necesidad. En cuanto a mí, aun cuando me fuese doloroso ver que lanzaban contra mi inolvidable amigo el reproche de haber especulado con el escándalo, no hubiese suprimido un solo renglón de un manuscrito que considero como sagrado. Me congratulo de que una inesperada casualidad haya desvanecido mis dudas, y entrego hoy esta obra a la publicidad sin temor de que se vea en ella otra cosa que una colección de anotaciones, más o menos interesantes, referentes a un asunto del que, si

bien los sabios no cesan de decir: «Si no hubiera más que eso en el mundo...», tampoco dejan de probar con su constante conducta que, sin embargo, no hay otra cosa mayor; pues, en efecto, el misterioso y fatal encanto amoroso es el paraíso cuando produce la felicidad, del mismo modo que es el infierno si nos hace desgraciados. Añadiré, para no faltar al gusto de lo que mi amigo llamaba la *auto-ironía*, que sucede con este infierno lo mismo que con el otro. «Este gran rey—decía el príncipe de Ligne, refiriéndose a Federico II—, daba mucha importancia a la condenación de su alma, pues hablaba demasiado de ella...» ¡Cuántas veces me he acordado de esta frase leyendo las quejas de este Claudio! Que su sinceridad le sirva de disculpa.

PAUL BOURGET.

*Rapallo, 3 de Octubre de 1890.*